

EL BEODO FRENTE AL LITERATO EN SAN AGUSTIN Y EN LARRA

Larra dispone sabiamente el curso de *La Nochebuena de 1836* para que culmine en el enfrentamiento del hombre de letras con el ignorante embriagado. Las frases iniciales son como una obertura donde figuran ya los « leitmotive » que han de trenzarse a lo largo del artículo o « delirio filosófico », como su autor lo llama : « El número 24 me es fatal ; si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací... Soy supersticioso porque el corazón del hombre necesita creer en algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer ; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos ». Así se anuncian como temas fundamentales el dolor de vivir, un escepticismo radical y la visión sarcástica del mundo circundante. Así también queda fijado el tono de acerba ironía en que, alternando con efusiones de tristeza, se mantiene el relato hasta que Fíguro desnuda su alma en la terrible escena final. Cuanto le acaece en la noche del 23 y jornada del 24 sirve de pretexto para continuas comparaciones con circunstancias políticas y sociales del momento : la guerra carlista, no atajada por las potencias extranjeras, cuya intervención esperan vanamente los liberales españoles ; la ruina de la hacienda pública ; la falacia de una libertad de imprenta no respetada por la censura ; la ineficacia de los viejos milicianos y también la de los empleados que, sin cobrar ni trabajar, se dedican a leer el periódico en la oficina... Las referencias a la insatisfactoria realidad de España alternan con otras donde Larra manifiesta su incurable tristeza personal. El estado anímico del autor se proyecta sobre las cosas, las interpreta a su propia imagen, y establece con ellas relaciones de semejanza. Los símiles aparecen aislados unas veces : « incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías » ; pero en ocasiones se agrupan formando series complejas : « Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón ; veíalos empañados y como llorosos por dentro : los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal ; así se empaña la vida, pensaba ; así el frío exterior del

mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes ; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos... « Las numerosas comparaciones que en *La Nochebuena* apuntan a la actualidad española o a la desolación del escritor corresponden a los epitafios de *El día de difuntos* : no es casual que Larra, en *La Nochebuena*, vea artículos suyos empezados y sin acabar, como nichos que aguardan el cadáver, « comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión ».

Nuestro autor identifica pronto el dolor de vivir con el dolor de pensar, contrapuesto a la tranquilidad de quien se contenta con pequeñas satisfacciones : « ¡ Dichoso el empleado !... Al menos no está obligado a pensar ; puede fumar, puede leer la *Gaceta* ». A estos funcionarios, dichosos en su carencia de aspiraciones y en su crédula simplicidad, sucede, ya no en la divagación, sino como realidad que irrumpe de manera perentoria, el criado astur que avisa la hora de comer. Nueva antítesis entre apetencias primarias e impulsos nobles ; nueva ligazón de la actividad intelectual con el dolor : « Iba a exclamar como Don Quijote : « Come, Sancho, hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer » ; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, ¡ pero los criados de los filósofos !... » Entonces Fígaro, recordando « que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y los esclavos podían decir la verdad a sus amos », da unas monedas a su asturiano para que coma y beba : los efectos del vino soltarán su lengua, y así podrá luego decir lo que realmente son el escritor y su vida.

Preparado de esta manera el encuentro definitivo, Fígaro deambula por Madrid y vuelve a hallar motivos para fustigar la inconsciencia política ambiente : ante los mercados, repletos de comestibles y compradores, imagina ver el espectro simbólico del Bilbao sitiado y hambriento. Impresionante evocación, con la que empieza a justificarse el subtítulo de « delirio ». Por fin, de regreso a su casa, el narrador se halla frente a frente con su criado, que, conforme a lo previsto, está beodo. Larra no ahorra efectismos, y desahoga su misantropía degradando al que ha elegido como su futuro interlocutor. Ya antes había reconocido en él « aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre » ; ahora lo cosifica : « Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo ». La descripción acentúa los rasgos propios de objetos inanimados y los meramente zoológicos, para

desembocar en una valoración despectiva del género humano : « al fin [el criado] no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores : algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados ; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica ». Ahora bien, este ser inferior, a puerta cerrada y en la habitación a oscuras, toma la palabra para decir al amo lo que éste sabe de sí mismo sin haberse atrevido a reconocerlo. Larra salva con ambiguo humorismo la incongruencia de que el criado se exprese con ideas y lenguaje impropios de su mentalidad : « ...Habló y racionó : misterios más raros se han visto acreditados ; ¿ los fabulistas hacen hablar a los animales ? por qué no he de hacer yo hablar a mi criado ? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira. En fin, yo cuento un hecho : tal me ha pasado ; yo no escribo para los que dudan de mi veracidad ». Lo que no nos dice — porque no hace falta — es que los ojos del beodo, que brillaban en la tiniebla « como dos llamas fatídicas », y su inesperada voz elocuente, son los ojos y la voz de la conciencia del propio Larra¹. La invectiva del criado — confesión del escritor — empieza por las culpas del hombre de mundo, seductor de mujeres, jugador que arruina a otros, calumniador ; pero, en contrapartida, destinatario de anónimos que le descubren la indiferencia o la infidelidad de la amada. Vienen a continuación los errores del egocéntrico sentimental : « Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro » ; y después, el orgullo del literato, humillado por su servidumbre al aplauso ajeno ; la inútil busca de la verdad y del amor ; la creación de ideales a base de palabras que no son sino « flatu vocis » : « Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡ Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor ! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices ». Fígaro, que ha empezado su artículo calificando como desgracia el haber nacido, lo termina clavando los ojos « con delirio y con delicia » en la caja amarilla de las pistolas. Oyendo al criado, ha creído verse tal como era. Semanas más tarde se suicidaría frente a un espejo.

*
**

1. Véase Ricardón Gullón, *El diálogo de Figaro con « el otro »*, Insula, XVII, núms. 188-189, julio-agosto 1962.

En *La Nochebuena de 1836* la presentación y desarrollo de los temas, el calculado recargo de tintas, el gradual crecimiento de la tensión, revelan un plan riguroso cuyo fruto es una creación perfecta en su estructura. Nada sobra y nada falta. Naturalmente la originalidad de Larra no le impide aprovechar recuerdos literarios. Hace tiempo se señalaron reminiscencias que no pueden sorprendernos dada la bien conocida formación clásica del autor. Es indudable que tuvo muy en cuenta una sátira de Horacio, la VII del libro II², en la que Davo, esclavo del poeta, se encara con él, le reprocha la insinceridad con que alaba la austeridad de los antiguos romanos mientras va de banquete en banquete, le afea sus adulterios y pone de relieve lo grotesco y peligroso de sus tretas para lograrlos. Davo se siente más libre que su amo : Horacio, sometido a las continuas exigencias de las cosas y de los hombres, no podrá salir de tal servidumbre, aunque el pretor lo declare liberto tres o cuatro veces. Se muestra mandón con el esclavo, pero sirve miserablemente a otros, traído y llevado como la marioneta que accionan cuerdas ajenas³. Sólo es libre el varón sabio, dueño de sí, dominador de sus pasiones y capaz de resistir victorioso los asaltos de la Fortuna ; el poeta, por el contrario, huye de sí mismo como un desertor, e intenta eludir con el vino o con el sueño la inquietud que le oprime ; pero en vano, porque esta negra compañera acosa y persigue al fugitivo⁴.

El poema de Horacio, sin acotaciones previas, se abre con las palabras del esclavo y se limita a una larga acusación, interrumpida sólo por frases sueltas del amo, que al final reacciona con amenazas. En realidad el atrevimiento de los reproches no rebasa demasiado el límite concedido a esclavos reprobadores en las comedias de Terencio, y menos aún en las de Plauto. Dentro de esta tradición literaria, Davo da rienda suelta a sus críticas, aprovechando además la especial libertad que las saturnales le permiten. No olvidemos que Larra menciona expresamente esta costumbre y la califica de « humilde, digna del cristianismo ». La orgía gastronómica de la Nochebuena sustituye al desenfreno de la fiesta pagana si-

2. Mario Zangara, « *La Nochebuena* », de M. J. de Larra (*Riflessi orazioni e motivi personali*, Catania, Studio Editoriale Moderno, 1928, 30 p.).

3. Versos 75-82 :

« Tunc mihi dominus, rerum imperiis hominumque
tot tantisque minor, quem ter vindicta quaterque
imposita haud umquam misera formidine privet ?

.....
Tu, mihi qui imperitas, alius servis miser, atque
duceris ut nervis alienis mobile lignum. »

4. Versos 112-114 :

« Non horam tecum esse potes, non otia recte
ponere, teque ipsum vitas fugitivus et erro,
iam vino quaerens, iam somno fallere curam ;
frustra : nam comes atra premit sequiturque fugacem. »

tuada también a fines de años ; pero en la Europa de 1836 ninguna concesión social permitía, ni siquiera excepcionalmente, la falta de respeto del sirviente al señor. Por eso, mientras Davo habla en pleno uso de razón, no desmentido por Horacio, el asturiano que impreca a Figaro lo hace en estado de embriaguez. Por otra parte, aunque la borrachera ha sido prevista y sufragada por el escritor, el criado veraz aparece — « cum grano salis », según veremos — como instrumento de la Providencia. Finalmente, Davo no se refiere a la actividad literaria ni al afán de gloria como causas de perturbación para Horacio, mientras en *La Nochebuena* figuran entre los más poderosos factores de la angustia que consume a Larra. Los cuatro rasgos — embriaguez, providencialismo, miserias de escritor y sed de renombre — se dan en otra obra cuyo recuerdo creo entretejido con el horaciano. Veamos cómo.

*
**

A fines del siglo IV San Agustín, obispo ya de Hipona y autoridad reconocida en toda la Iglesia, memoraba en sus *Confesiones* los pasos por donde, bajo la guía de Dios, había llegado a su definitiva conversión. Entre ellos cuenta⁵ un episodio ocurrido en Milán alrededor de quince años antes, cuando el entonces profesor de retórica ambicionaba honores, riquezas y goces carnales. Había sido designado para pronunciar el panegírico del emperador Valentiniano II, casi niño, juguete de voluntades más enérgicas. Iba a hacerlo con alabanzas cuya falsedad le constaba, *quibus plura mentirer*, y ardía en inquietud pensando en aquella actuación, de la que dependía su porvenir profesional⁶ ; pero a la vista de un mendigo ebrio y alegre, cobra conciencia de su propio vivir acongojado y de la culpable vanidad de sus afanes. En la busca de la felicidad temporal, el mendigo había logrado mediante el vino, adquirido con unas pocas monedas, una alegría menos falsa que la ambicionada por el retórico. Si el goce del borracho no era verdadero, menos aún la gloria deseada por el literato ; y aquél estaba seguro, éste, tembloroso⁷.

Tanto en las *Confesiones* como en *La Nochebuena* un hombre de letras, ansioso de gloria y triunfador en la sociedad, se percata de su real desdicha al comparar su vida en zozobra con la elemental

5. Libro VI, cap. VI, §§ 9-10. Cito el texto latino según la ed. de P. de Labriolle, Collection des Universités de France, Paris, Les Belles Lettres, 1925.

6. *Ibid.*, § 9.1.15-16 : « ...Cum... easque curas anhelaret cor meum et cogitationum tabificarum febribus aestuaret... »

7. *Ibid.*, 1.30 y sigts : « Non enim uerum gaudium habebat : sed et ego illis ambitionibus multo falsius quaerebam. Et certe ille laetabatur, ego anxius eram, securus ille, ego trepidus. »

felicidad de un borracho. En las dos obras se atribuye el encuentro a designio providencial, aunque de muy diverso modo : Agustín proclama sinceramente la acción salvífica de Dios ; Larra, que se declara supersticioso a fuer de descreído, ironiza, repitiendo con sarcasmo el lugar común de predicadores y moralistas : « La Providencia, que se vale, para humillar a los soberbios, de los instrumentos más humildes, me reservaba en él [en mi criado] mi mal rato del día 24 ». Esto, a raíz de decirnos que la Providencia ha editado el género humano con pocos ejemplares finamente encuadernados y la mayoría en rústica. Es el mismo tono con que al principio del artículo ha parodiado las bienaventuranzas evangélicas : « ¡ Bienaventurado aquel a quien la mujer dice *no quiero*, porque ése, a lo menos, oye la verdad ! »

Como hombre docto, Agustín se había sentido superior al mendigo : hubiera preferido, sí, sentir aquella desbordante alegría en lugar del temor que le asediaba, pero no se habría cambiado por él⁸ : paralelo de esta actitud es el orgulloso desdén que Fígaro manifiesta respecto a su criado, cuya tosquedad exagera hasta describirlo como un mueble. La supuesta superioridad de Agustín no estaba justificada, pues no empleaba su saber en aleccionar a otros, sino en agradarles, y buscaba la vanagloria mintiendo⁹ : Larra hace hincapié en que depende servilmente del mismo público al que desprecia : « Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes, y reclamas con el incensario en la mano su adulación : adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo ».

Agustín contrapone la inquietud que le atosigarán noches y días al fácil sueño con que el beodo eliminará la resaca¹⁰ : el asturiano pregunta a Fígaro : « ¿ Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima ? ». El mendigo se había embriagado con vino ; Agustín con el anhelo de la gloria mundana que no había conseguido aún¹¹ : en *La Nochebuena*, la últimas

8. *Ibid.*, 1.33-37 : « Et si quisquam percontaretur me, utrum mallet exultare an metuere, responderem : "exultare"; rursus si interrogaret, utrum me talem mallet, qualis ille, an qualis ego tunc essem, me ipsum curis timoribusque confectum eligerem. »

9. *Ibid.*, 1.38-42 : « Neque enim eo me praeponere illi debebam, quo doctior eram, quoniam non inde gaudebam sed placere inde quaerebam hominibus, non ut eos docerem, sed tantum ut placerem » ; § 10.1.14-15 : « ille bene optando adquisiuerat uinum, ego mentiendo quaerebam tyfum. »

10. *Ibid.*, 1.6-9 : « Et ille ipsa nocte digesturus erat ebrietatem suam, ego cum mea dormieram et surrexeram, et dormiturus et surrecturus eram ; uide quot dies ! »

11. *Ibid.*, 1.2-3 : « Gaudebat mendicus ille uinulantia, tu gaudere cupiebas gloria. » Para la embriaguez de la gloria, véanse las notas anteriores.

palabras del criado son : « Yo estoy ebrio de vino, es verdad ; pero tú lo estás de deseos y de impotencia ».

Esta serie de coincidencias no puede ser casual. Nuestra imagen de Larra, progresista y escéptico, hace que en un principio nos resistamos a admitir que en su obra más desesperada tuviera presente un pasaje agustiniano. Sin embargo, se había educado en instituciones religiosas —el Colegio de San Antón, de escolapios ; el Imperial, de jesuitas— ; y en esos años de adolescencia pudo conocer el episodio del mendigo, bien por lectura directa de las *Confesiones*, bien a través de la predicación. Creo más probable lo primero : la tradición de sus descendientes ha conservado la noticia de que el P. Eustaquio Tinoco, su maestro escolapio de humanidades, le familiarizó con textos patrísticos : Mariano José « con él devoraba los libros latinos, *recreándose en las traducciones de los Santos Padres* y gozando con los poetas : el dulce Virgilio y el didáctico Horacio sobre todo »¹². Es notable que en esta frase puedan entrar juntos el providencialista Agustín y el epicúreo Horacio ; más notable aún es que ambos, tan distantes entre sí y cada uno de Larra, dejen huellas convergentes en *La Nochebuena*. El doble recuerdo juvenil acudió a la mente de nuestro escritor en el momento de concebir el artículo donde iba a mostrar con mayor dramatismo la irremediable amargura de su alma, su visión negativa del mundo y del existir humano.

RAFAEL LAPESA

Universidad Complutense de Madrid

12. Así lo declara Fernando José de Larra, su biznieto, en *Mariano José de Larra (Figaro)*, *Biografía apasionada del doliente de España*, Madrid, 1944, p. 46.